

31 DÍAS CON MARÍA

Fernando Guerrero Martínez

31 DÍAS CON MARÍA

lecturas y meditaciones escogidas



Ciudad Nueva

1ª reimpresión: marzo 2008

© Fernando Guerrero Martínez

© 2007, Editorial Ciudad Nueva

José Picón, 28 - 28028 Madrid

www.ciudadnueva.com

Maquetación y diseño de cubierta: *Antonio Santos*

Imagen de cubierta: *Virgen con Niño*, fresco del siglo XIII
(Basilica de Santa Práxedes, Roma)

ISBN: 978-84-9715-112-2

Depósito legal: M-

Imprime: Publidisa

«Al querido y venerado P. Juan Imatz, s.j.,
que tanto me enseñó en mi juventud
a rezar con María y a consagrarme
a su corazón de Madre».

PARA REZAR CON MARÍA

La necesidad de rezar

Rezar es, para el espíritu humano, una necesidad tan vital como respirar para el cuerpo.

¿Quién se atrevería a afirmar, con sinceridad y verdad, que se basta a sí mismo para realizarse plenamente en todas las dimensiones de la personalidad humana, sin la ayuda de otros, especialmente en aquella dimensión que trasciende los límites del tiempo y revela ansias y esperanzas de inmortalidad?

En el orden puramente natural, se ha podido afirmar que todos los partos humanos son prematuros, en el sentido de que nacemos totalmente incapaces de valernos por nosotros mismos para seguir existiendo, indigentes radicales durante los primeros años de la vida,

hasta el punto de que la crianza materna viene a ser como una prolongación de la vida intrauterina. El recién nacido no sabe hablar, aunque sabe llorar y manifestar a su manera sus necesidades. Sabe pedir, sabe comunicarse vital y psicológicamente con su madre y con las personas que lo cuidan.

Un niño, si no tuviese a nadie con quien comunicarse, no podría subsistir.

Pero el recién nacido no sólo tiene necesidades materiales, sobre todo de alimento, sino también de afecto, de cariño, de comunicación... Se han dado experiencias de infantes perfectamente atendidos y cuidados desde el punto de vista de atenciones materiales, respondiendo a las exigencias más estrictas de la puericultura y que, sin embargo, al cabo de algún tiempo presentaban síndromes carenciales, síntomas patológicos y desviaciones de un desarrollo normal.

La madre desempeña una función insustituible en la crianza del niño, y no tanto desde el punto de vista de atención a sus necesidades corporales, en lo que puede ser sustituida por otras personas de la misma familia e

incluso asalariadas, sino desde un punto de vista afectivo y comunicativo. El niño necesita en sus primeros años, más que de la leche nutricia u otros alimentos complementarios, de ternura, cariño, atención amorosa... Una madre solícita y cariñosa puede ayudar más eficazmente al desarrollo sano del niño, aunque sus conocimientos de puericultura sean meramente instintivos, que la persona diplomada académicamente pero que es fría y distante en la prestación de sus cuidados al niño.

Existe un cierto paralelismo entre la vida natural del ser humano y su vida sobrenatural.

La gracia no destruye la naturaleza humana: es un axioma teológico formulado por el genio sintético de santo Tomás de Aquino.

En el orden de la vida sobrenatural, los seres humanos somos perpetuamente niños, indigentes y necesitados de ayuda. No podemos nada por nosotros mismos. Tenemos que resignarnos a ser infantes permanentes, que no pueden valerse por sí mismos. Nos vemos obligados a ser eternos pedigüños; seres necesitados –más que los niños en el plano de la vida natural– de comunicación, de afecto,

de sentirnos amados y de poder manifestar nuestra alegría y felicidad a la persona que nos ha demostrado y nos sigue demostrando amor y ternura.

Tratar de amistad...

En esto consiste la vida de oración: en un permanente diálogo de petición, de súplica, de acción de gracias, de alabanza, de manifestaciones de afecto y alegría hacia Dios, que es Amor y es nuestro Padre, nuestro Bienhechor, nuestro Amigo, nuestra Fuerza, nuestra Luz, nuestro Todo en esta vida y más allá de la muerte.

Una de las definiciones más bellas y expresivas de la oración es la de santa Teresa de Jesús: «...tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama».

Y es también muy significativa y sublime la descripción que hace su homónima, santa Teresa del Niño Jesús: «...es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor,